

# El aura de Camber

Esteban Miguel Hernández



# Capítulo 1

## El aura de Camber

1

El tren mecía su cabeza con lentitud y junto con el paisaje se volvían su arrullar. Las amplias praderas verdes que se extendían a ambos lados por donde pasaba el tren eran iluminadas por los últimos rayos del día, pintándose de amarillo, mezclándose poco a poco con el naranja y filtrándose entre las ramas de los árboles que a veces aparecían lo bastante cerca de la vía del tren. Había pegado su cabeza al cristal cuando cayó en la cuenta de que sus párpados pronto le traicionarían y su mente decaería en la oscuridad, o si fuese así, en la ensoñación de algo magistral.

Chris viajaba hacia Irlanda, un majestuoso lugar repleto de praderas naturales como el pasado de la tierra donde la civilización no dominaba. Pensaba que visitar a su viejo compañero era una mala idea, pero solo se trataba de la angustia que su mente proporcionaba. En la carta que le había enviado semanas atrás, citaba la existencia de una enfermedad perjudicial. ¿Y qué enfermedad no lo era? Analizándolo a fondo, Chris pensaba que no era una enfermedad pasajera. Debía ser alguna de aquellas enfermedades que se presentan para quedarse y que al final terminaban siendo nocivas para el portador. Iba a averiguarlo.

Salió horas atrás, cuando ayer era hoy y el mañana poco a poco se convertía en ahora. Consigo llevaba una carga ligera de equipaje: una maleta simple que parecía un portafolio. En ella cargaba sus documentos, un cambio de ropa extra y su revólver. Era detective pero su semana de vacaciones había empezado, y qué mejor manera de aprovecharla que visitando a su compañero distanciado a que perder el tiempo en casa, comiendo comida basura y viendo televisión chatarra.

Le esperaría en la estación, dicho estaba en la correspondencia.

El día llegó hasta su culminación. Se había vuelto naranja y a lo lejos, entre la línea del horizonte y el cielo bañado en los colores azules claros y los densos amarillos, mezclados con el naranja, el sol caía con precisión.

Había viajado solo y había dormitado en distintos puntos. Algunos sobresaltos sucedieron y le arrebataron el sueño, pero a pesar de ello, había recobrado la estabilidad corporal y su mente estaba descansada.

Caminó por el pasillo entre hileras de asientos hasta la puerta del vagón que estaba abierta. Giró a la derecha y descendió por los peldaños a la plataforma número 3. La gente que iba en grupo (familias, conocidos o compañeros) demoraban más su paso debido a la descarga de maletas.

Chris trataba de eludir a esas personas desconsideradas que arrumbaban su equipaje después de bajar en mitad de la plataforma para ayudar con el que provenía de dentro.

No obstante, se sentía bien tanto como para prestar quejas. Estaba descansado, el día terminaba ya, no tendría aglomeración de actividades que, seguramente, su viejo amigo le tenía planeado. Solo dormir y dormir hasta que el sol le despertase.

Al salir de la plataforma y entrar en la estación, antes de haber llegado hasta la salida, un hombre larguirucho, de bigote considerable y a forma de candado por la barba, elevaba hasta la altura de su pecho un cartel pequeño, no mucho más extenso que él, donde se leía el nombre y apellido de Chris. De principio, por instinto, le miró con el ceño fruncido, luego se acercó a un paso más lento hacia él y cuando sus ojos se interpusieron con los del hombre con un formal atuendo, éste hizo desaparecer el letrero bajándolo y le preguntó si su nombre era Chris. Él asintió y le indicó que al señor Camber le habían surgido asuntos personales, siendo las razones por las cuales no se presentó. Chris lo comprendió y le siguió. Lo llevó hasta un Rolls Royce del año 2000. Le abrió la puerta trasera y Chris entró, pensando que era mucha formalidad. El hombre larguirucho rodeó el carro, se puso al volante y lo condujo por caminos tan desolados que al final lo llevaron hasta un lugar donde las casas eran escasas, pero las pocas que había eran realmente amplias. Algunas eran grandes mansiones, como la de Camber. Ese infeliz se pudría en dinero y ni siquiera Chris sabía cómo lo consiguió. Se limitaba a meterse en los asuntos que le incumbían.

El sendero era de tierra y estaba bordeado por árboles que, con sus copas y ramas en lo alto, formaban un techo de hojas. Los troncos de los árboles se curvaban al llegar arriba.

El Rolls Royce entró en la propiedad del señor Camber, rodeando la fuente principal hasta donde terminaba el sendero dentro de la propiedad de Camber. En cuanto el motor se apagó, el hombre larguirucho (tenía una apariencia similar a la de Largo, el mayordomo de la familia Addams, solo que con mostacho), se encaminó hasta el extremo de Chris. Sin embargo, no era su costumbre. Él había abierto la puerta antes de que el hombre larguirucho llegase a hacerlo. Chris pensó que iba a protestarle, pero no lo hizo. Asintió y le dijo que le siguiera. Chris tomó su maleta y lo siguió después de cerrar la puerta.

Caminaban por un sendero de tierra, muy distinto al anterior, ya que parecía no haber signos de guijarros e inclusive parecía barrido. La ondulación de la tierra se alzaba constante se avanzaba y la gran casa lujosa y antigua de Camber se erguía en lo más alto. De hecho, parecía como si estuviera inclinada y fuese a caer de frente.

Las puertas eran dos hojas de madera gruesa y bien delineada con figuras circulares y cuadrados bien tallados. Una de las puertas se abrió y una figura baja y estropeada por la vestimenta (haciendo mención de la demacración que se atesoraba en la cara) apareció, colocando una mano encima de la otra, curvando su espalda y ensanchando la sonrisa. Estaba vestido con un pantalón holgado, una simple camiseta de cuello caído

(dejando a la intemperie sus vellos), chancletas y una bata de tela delicada con las amarraderas arrastrándolas. Dejó de tocar su mano y la agitó con lentitud de un lado al otro, luego la tornó a su sitio.

Ese no era su amigo. Esa persona que estaba ahí saludándole era más bien el mismo retrato de un anciano tan demacrado por los años que trataba de seguir luchando por mantenerse con vida. Una persona arruinada por los años.

“¿Qué te ha pasado, Martí?”, pensó Chris.

Avanzó hasta él e iba a tenderle una mano cuando Martí Camber le dio la espalda y le hizo pasar con un simple ademán poco notable.

-Cierra la puerta a tu entrada –le dijo con una voz desgastada.

Chris así lo hizo, cerró la puerta y quedó oculto entre sombras dominantes. Las cortinas estaban corridas pero el concreto estructural de la casa aportaba una dominación sobre la luz que se filtraba.

Delante había escaleras que al terminar los peldaños giraban a ambos extremos de éstas, siguiendo en sentido contrario. El pasamanos era ancho y los peldaños cubiertos estaban por una alfombra marrón. A un lado de las escaleras había dos pasillos. Camber caminaba por el de la izquierda sin detenerse. Chris le siguió y entró en una estancia considerable y elegante. La mesa que había en el centro tenía las sillas bien pegadas al interior y era bastante amplia.

-Ven, ven, siéntate –dijo Camber-, anda.

Trataba de animarlo pero Chris no se sentía animado al tono pastoso que Camber tenía.

Cuando Camber se sentó en la silla frontal de uno de los extremos de la mesa, Chris se sentó en la primera silla a su lado izquierdo. Se sentía como en aquel cuento de Bram Stoker, Drácula, donde el Conde acompañaba a cenar al joven Jonathan.

-Espero y tengas hambre –le dijo a Chris.

Chris se recostó en el respaldo y centró su mirada en los ojos de su amigo.

-Por supuesto. –Esperó, puesto que no era todo lo que tenía que decir: Dime algo, ¿cómo es que has cambiado de apariencia tan rápido?

Camber rió entre dientes y la sonrisa que produjo fue como la de un perro viejo que trata de estornudar.

-Los años pasan.

Por supuesto que era así. Martí Camber era más viejo que Chris, pero por el simple hecho de serlo, no tenía que significar que su aspecto envejeciera más rápido. De hecho, Chris recordaba que la última vez que lo había visto tenía una facha similar a la de él. Eran casi diez años por los que Camber rebasaba a Chris.

Chris no insistió hasta después de la cena.

Bebían vino frente a la gran chimenea de piedra, sentados cada uno en un asiento similar, de respaldo largo y asiento ancho, con brazos en los laterales. Habían estado hablando sobre los viejos tiempos en que Camber vivió en América. Entre un silencio que se apoderó de la conversación, Chris aprovechó para por fin relucir el tema:

-¿Por qué tienes un aspecto más demacrado?

De principio, Camber no le respondió. Miró la fogata con detenimiento, luego lo hizo con su copa de vino y al final le miró a los ojos.

-Es artritis lo que tengo.

Chris esperó pacientemente. Reflexionaba, al mirar las manos de Camber, el contexto de la carta que le había enviado una semana atrás. Dicha enfermedad quizá era lo que le deprimía porque, en el escrito, la carta exhibía una estructura depresiva.

-Y sufro de demencia.

Una carta doble mostrada en la mesa con la cual podía ganar la partida. Metáfora que Chris utilizaba debido a la sorpresa que le provocaba. Trataba de digerir las palabras de Camber, pero era más difícil que la comida que había tragado. Sintió la garganta seca y luego tuvo deseos de verter vino en su garganta. No obstante, se abstuvo de ello. Le tenía respeto a Camber y tenía que mostrárselo.

2

La demencia era un factor que determinaba la fuerza que una mente podía tener. Al parecer la de Camber había sido débil. Eso era lo que creía Chris.

La alcoba donde dormía era espaciosa, pulcra y muy bien decorada. Tenía una cama adjunta a la ventana que daba de vista al jardín trasero, una extensión de terreno verde bañado por la luz de la luna. La oscuridad se abultaba en todo lo que Chris miraba. Era grata la sensación depresiva que aquel paisaje le otorgaba.

Fue a desprenderse de todo y a tumbarse en la cama. Durmió tan profundamente que no soñó. El cuerpo lo sintió tan pesado que a la mañana siguiente había recobrado las fuerzas. La mente estaba despejada y un nuevo día comenzaba.

Cuando se vistió y bajó para encontrarse con Camber, éste no estaba en casa. Una mujer regordeta y pequeña se lo informó. Llevaba la vestimenta de una mucama. Durante la mayor parte de la mañana se dedicó a pasear por los grandes y pequeños pasillos de la casa, a veces alfombrados u otras desnudos, respectivamente al suelo. En las paredes había antorchas apagadas. ¿Sería un castillo en otro tiempo? No, tenía el toque moderno. Había sido construida en el siglo presente. Chris lo apostaba. Se paseó por todo rincón que pudo. La casa tenía habitaciones con camas, otras que eran estudios, pero la que realmente le interesó en especial a Chris fue una que se hallaba cerca de la puerta trasera, a mano derecha, doblando el pasillo donde finalizaba, para llegar hasta una puerta de madera, alta y bien delicada de acuerdo a su estructura. Era hermosa. Brillaba por el barniz. Al abrirla, entró en lo que era la biblioteca de Camber. Tres peldaños de piedra estaban de intermedio, decorados con una alfombra roja. Al bajar, los libreros rodeaban la habitación. En el centro de ésta una alfombra de color marrón con líneas blancas adornaba

la estancia. También había escritorios y una escalera móvil que llegaba hasta el techo. Era una infinidad de libros. En mitad de la estancia, encima de la alfombra, descansaban dos sillas tan similares a las que en la noche anterior habían estado platicando él y Camber.

Fue a mirar todos los títulos y tomó un libro de ensayos de Sigmund Freud. Leyó parte considerable, aunque no un buen tramo. Cuando se cansó de la vista, salió al patio trasero a caminar entre la maleza y los arbustos. Cuando regresó a la casa, preguntó a una de las mucamas sobre el paradero de Camber y ella hizo mención de su ausencia.

Chris se preguntó dónde estaría. O si sería usual que saliera. No lo sabía.

Regresó a la biblioteca y se leyó algo de Lewis Carroll. En realidad, ese lugar era tan pacífico que podía escuchar sus pensamientos. Habitualmente uno eludía lo que la mente gritaba cuando se hallaba rodeado de personas, pero la facultad de la concentración todos podían emplearla. No obstante, la sencillez aparecía cuando la soledad dominaba el ambiente; la soledad y el silencio.

3

No supo en qué momento cayó en el sueño. No soñó nada.

Parpadeó un sin número de veces hasta que recobró la conciencia. Seguía estando a solas, silenciosamente, pero la tonalidad del día había disminuido. Las luces ya iluminaban más la habitación. Cuando había entrado, había accionado los interruptores porque era escasa la luz que se filtraba por la puerta y la ventana. Aún así, la luz exterior se filtraba, logrando desnivelar la tonalidad de las bombillas. Pero la habitación se bañaba de dorado.

Chris dejó el libro, salió cerrando la puerta a sus espaldas y de vuelta fue en busca de su compañero. Tenía ciertos indicios de paranoia de acuerdo a lo que sucedía. ¿Dónde estaría Camber? Buena pregunta, ¿dónde? Su intuición detectivesca se activó, aunque él lo eludiera. Era inevitable, parte de su persona; una donación realizada por los años. Algo que él no había deseado poseer.

Volvió a rondar por toda la casa.

La majestuosidad de ese sitio se presentaba siempre. El silencio que rodeaba tanto dentro como fuera de la casa permitía a Chris una facilidad natural de su concentración mental. Podía mentalizar con mayor énfasis sus pensamientos, sacar a relucir ideas que se basaban en la certeza real o en una ficción. Subió de vuelta escalones, anduvo por pasillos similares pero con decoración distinta. Si algo ya había notado, y creía que ese punto no pasaba por desapercibido, era la cantidad de cuadros que tenían tanto en los pasillos como en los cuartos. Y ninguno congeniaba con otro. Había pinturas abstractas, frutas, paisajes y cuerpos desnudos.

Al llegar a un pasillo superior del segundo piso, del ala izquierda de la

casa, miró por la ventanilla alta y ovalada de la parte superior, pegando sus manos, calando sus huellas y empañando el cristal con su respiración caliente. Fuera, el césped se bañaba con la luz solar amarillenta del ocaso.

Cerró sus ojos y de pronto empezó a sentir las yemas de los dedos tan frías como si estuviera tocando con ellas un cubo de hielo. La sensación llegó al extremo de entumecerle los dedos. La temperatura se transmitía de la punta del dedo hasta el nudillo. Abrió sus ojos y trató de despegarse. De principio no pudo. Sintió como si tuviera cinta adhesiva, una con resistencia enérgica.

Se despegó de golpe y dio tres pasos atrás, el último siendo en falso. Chocó contra una mesilla al otro lado del pasillo y sintió cómo la estabilidad del jarrón desaparecía en cuestión de segundos. Sin embargo, actuó por reacción, girándose al debido tiempo para sujetarlo. Aún así, siendo lo más rápido posible, no logró sujetarlo del todo. Cuando ya caía, rebasando la altura de sus caderas, elevó una rodilla para evitar que cayera del todo con la pierna. Con la otra mano lo sostuvo de la parte inferior pero logró chocar contra el suelo. Antes de que el florero se partiera y chocase contra el suelo, ya lo sujetaba del orificio. Resopló, lo elevó y miró la grieta que apareció. Su boca se transformó en una mueca.

Cuando lo dejó en la mesilla, lo observó, girándolo con su mano. No estaba tan mal. Solo uno de los extremos exhibía el corte. Lo giró para que la grieta diera de frente a la pared y el lado estable a los ojos de cualquiera que pasara. Antes de girarse, lo miró ahí y se preguntó el por qué de que no portara flores. ¿Qué hacía un florero sin flores tan bonito que podría unir su juego con la grata admiración de las flores? Quizá solo era un jarrón. ¿Y qué importaba? La razón por la cual se cuestionaba todo aquello era porque su mente estaba turbada. Al darse la vuelta lo comprobó. En la parte baja, a la altura de su estómago, donde había pegado sus yemas de los dedos al cristal de la ventana, había minúsculas fisuras. El vidrio se había cuarteado y él era el responsable. Claro que podía serlo, pero no del todo. Ahí existía algo que no encajaba. Utilizó su lógica porque no era normal que el vidrio, en el punto exacto donde las grietas se unían, y en el contorno de todo el resquebrajamiento del cristal, hubiese un recubrimiento congelado.

Chris tenía que admitir que el clima no era cálido, pero tampoco rebasaba una temperatura mortecina.

Esperó plantado en el mismo sitio hasta que ocurriera algo.  
No sucedió.

Cuando echó a caminar y desapareció, el sonido similar al resquebrajamiento de vidrios se produjo. Sin embargo, Chris no era digno de atisbarlo.

La cena que la mucama había preparado estuvo bastante buena. Aceptable y de gusto satisfactorio para Chris. En cuanto le recogía su plato, Chris le preguntó por última vez sobre el paradero de Camber. Ella negó y luego volvió a declarar el mismo argumento pasado.

Ahora la extrañeza aparecía.

Cuando se retiró, caminó de vuelta por los mismos corredores superiores hasta llegar a la ventana. Esperaba encontrarla de la misma forma o reparada. No lo estaba de ninguna manera; lo único que diferenciaba su apariencia eran las grietas. No estaban más. En su lugar, con la misma exactitud alineada que el orden de los dedos de una mano, las yemas estaban marcadas en el cristal con hielo. Chris frunció el ceño, se acercó con el debido cuidado, se puso a cuclillas, inspeccionó las circunferencias distorsionadas donde él había colocado sus yemas y luego, con sumo cuidado, las palpó. La textura liza del cristal había sido sustituida por una más rugosa. Le vino en mente aquel trabajo escolar en la clase de artes donde la actividad consistía en crear un vitral con la pintura a elección propia. Chris todavía lo recordaba porque el cuadro aún existía y aguardaba en casa de su madre. En aquella ocasión, había palpado tanto la pintura liza como rugosa y aquello que ahora tentaba era tan similar a la pintura en el vitral de otros.

Entonces le vino en mente otra idea. Aplicó presión, considerada, en uno de los puntos, con la punta de su dedo y se produjo el mismo sonido que produce un vidrio al forzarse con sobrepeso o estar a punto de romperse. Aquel cristal no aguantaría más. Quizá, pensó retirándose de vuelta a paso pausado, lo comentaría después con Camber. Aunque dudaba. No deseaba burlarse de Camber y su deficiencia mental, pero esa era la verdad. Y él sabía que no estaba loco. Podía ser alguien dudoso e imaginativo, pero no loco. Era una persona bastante cuerda tanto que su entrada al país de las maravillas quedaría restringida porque en ese lugar, todos estaban locos.

5

Se echó a dormir y en esta ocasión tomó el transporte que lo llevaría hasta la tierra de los sueños.

Soñó que se congelaba; su corazón se paraba y su sangre se helaba, pero seguía vivo. Sentía mucho frío y tiritaba. Acto seguido, enterrado hasta el pecho en nieve, suprimiendo la mayor parte de su cuerpo, entre abetos y grandes pinos, escuchó el viento golpear con fuerza. Otra ventisca aparecía y esa iba a cubrirle lo que restaba de su cuerpo. Antes de que sucediera dicha acción, empezó a escuchar cómo los árboles se mecían y algo, muy lejano, retumbaba. Era como el sonido de un tambor en el cual, quien lo portaba se tomaba el tiempo necesario para aparentar la zancada de un gigante.

Y como si sus pensamientos hubiesen adquirido realidad (ya que era un sueño y la irrealidad era creada por la mente), la nieve que cubría las ramas de los pinos empezó a caer. Chris sintió las vibraciones subir desde las plantas de sus pies a todo el cuerpo. Ilógico era que sintiera todavía sus pies cuando las piernas habían perdido sensibilidad. Ni siquiera podía sentir aquella excitación que el corazón proporcionaba. Una persona podía sentir cómo el corazón golpeteaba constantemente la zona izquierda del pecho cuando se aceleraba. Pero Chris no sentía rastro de ello. En cambio escuchaba el aumento de su respiración.

Entre los pinos más altos, apareció una enorme figura, cubierta de nieve, con brazos alargados. La altitud sobrepasaba el pino y con sus grandes manos apartaba la parte superior del pino con una facilidad enorme. El rostro estaba distorsionado hasta el punto de carecer de boca. Los ojos los tenía, separados, pero estaban. La nariz... se mezclaba con la boca que era un tumulto de carne blanca. Las enormes piernas delgaduchas exhibían vellos cortos y negros, mientras que los pies quedaban ocultos por la nieve. Detrás de la cabeza se erguían enormes bastones de madera, alineados en hilera. Cuando aquella criatura fría salió de detrás del pino, éste se meció en cuanto su mano lo soltó. Chris descubrió que no solo en su nuca portaba bastones de color café, sino que corrían por toda su espalda y finalizaban en la parte baja de las nalgas.

Chris trató de gritar pero no funcionó. Su boca se abría pero de ella no surgía nada. Tenía un nudo en la garganta.

La criatura avanzó y en cuanto plantó su pie en la nieve, frontalmente a Chris pero distanciado por metros, una ola de la capa blanca se elevó y cubrió su rostro. Fue impactante el golpe y frío, pero no lo cubrió del todo. Su boca ya no la sentía y mucho peor era que no podía abrirla. Estaba enterrado en la nieve. Su nariz sobresalía, por mitad, de la misma forma que el perfil izquierdo del rostro. El derecho estaba libre. Ahora estaba inmóvil.

De pronto la criatura abrió esa recopilación de carne blanca y azulada, y soltó un enorme grito. Para ser una criatura monumental, su chillido era tan agudo.

Acto seguido, volvió a elevar el pie con más lentitud que la vez pasada, lo deslizó en el aire hasta situarlo por encima de Chris y cuando la sombra cubrió el rostro de él, la criatura dejó caer el pie con gran fuerza. Chris lo observó todo con su ojo izquierdo. No pudo mover la cabeza hacia atrás para ver y mucho menos chillar.

Cuando la planta del pie cubrió la cabeza de Chris, y él quedó envuelto en la oscuridad, su cabeza estaba tan apretujada contra la cabecera de la cama que, constantemente, se golpeaba contra ella. Un par de manos le sujetaban de los brazos y chillaba. Lo que en el sueño no podía, en la realidad sucedía. Extraño por ser controvertido, pero cierto porque sucedía.

Las manos que lo sujetaban lo sacaron de la cama y lo levantaron, lo tiraron al suelo y Chris despertó. Azorado, miró en rededor. Temblaba y se acurrucaba en el suelo. Solo utilizaba unos pantalones de pijama. Sus pies estaban descalzos tanto como su pecho.

-¿Está bien?

Chris tardó en responder porque su mente seguía plantada en el sueño. Las manos lo volvieron a sujetar y en esta ocasión Chris miró a los ojos del hombre. Era el conductor que lo había llevado ahí el día pasado.

Detrás de él, en la puerta, sosteniendo una mano sobre la otra, estaba Camber con su vestimenta de dormir.

Empezó a incorporarse y denegó la ayuda del conductor que también vestía un pijama.

Se puso en pie, se sentó a la cama, bebió agua del vaso que tenía en el buró y luego miró a su amigo con los ojos exaltados.

-Puedes dejarnos –musitó Camber para el conductor larguirucho.

Pronto desapareció y Camber permaneció mirándolo por un muy buen rato. Fue Chris quien rompió el silencioso ambiente.

-Un sueño.

No hubo respuesta inmediata por parte de Camber. Cuando hubo un cruce de miradas, le respondió:

-Más bien una pesadilla.

Chris intentó sonreírle pero el frío que sentía en el exterior del sueño entumecía sus músculos faciales.

-¿Estás bien para dormir o prefieres charlar un poco? Me han dicho que me has estado buscando por la mañana. ¿Algo importante de lo que quieras hablar?

Aquella situación le recordaba a Chris a todas esas veces en la que su padre –fallecido por un accidente- intentó dialogar con él cuando los problemas lo acechaban. Oh, Dios, cuánto había odiado esas tantas ocasiones donde había denegado su atención por él.

Optó por la idea de mantener una charla. Camber le dijo que lo siguiera.

Se puso unas pantuflas, la camiseta holgada que utilizaba para dormir y le siguió, pasando sus manos por los brazos. Ahora el aire estaba más bajo que la noche anterior.

Fueron al mismo lugar. La chimenea estaba encendida y los asientos les esperaban. Chris creía que iba a contarle alguna historia. La mucama, sin la vestimenta que daba sentido a su nombre, dejó en una charola dos tazas humeantes con chocolate. Chris tomó una y bebió. Aquello lo calentó.

Independientemente de que fuese una pesadilla, creía saber la razón por la cual había surgido. El acontecimiento que tuvo en la tarde lo llevó a crear imágenes que serían difíciles de exonerar de su mente. Y que dicha la suya al haberse ido a dormir con tales imágenes. Veía y sentía frío, lo aterraba en la realidad y lo soñaba en una pesadilla. Ahí estaba la lógica, siempre vislumbrando con sus magníficos saberes.

Chris miró a Camber, quien también le miraba con detenimiento. Le sonreía maliciosamente.

-¿Qué has soñado? –Preguntó Camber.

Chris aguardó. Conforme pasaba más tiempo en la realidad, lo imaginario desaparecía. Una de las tantas leyes del sueño.

-Con algo grande, feo y de piel mezclada al hielo.

Camber frunció el ceño.

-Bueno –rectificó Chris-, no exactamente con el hielo, quizá con la nieve y con apariencia al hielo. Su piel era azul enlazada con el blanco. Era grande, una criatura que sobrepasaba la altura de un pino y también era fea. Su boca estaba deformada.

Camber no aportó nada en el breve silencio que apareció.

-Y me aplastaba con su gigantesco pie, mientras yo estaba enterrado hasta la cara en la nieve.

De vuelta no dijo nada. ¿Por qué no decía nada?

-¿Por qué? –Insistió, Chris.

-Simple curiosidad. Casi siempre suelo tener sueños, y todos son raros.

Chris lo examinaba. Creía sentir que su amigo ocultaba algo que no deseaba sacar a relucir. ¿Por qué?

-¿Por qué no te he visto hoy? –Preguntó a Camber tratando de satisfacer sus inquietudes.

-Trabajo –se apresuró a decir Camber con facilidad y tranquilidad-. El que esté loco no significa que deje de extraer los sustentos para seguir con vida.

-¿Cuándo lo descubriste?

Camber calló por unos instantes y Chris pensó que había tocado ese punto tan pronto. Tal vez Camber no deseaba ni siquiera hablar de ello. Aunque fuera su amigo, pensaba que tenía derecho a resguardarse sus propios asuntos. Él también lo haría.

-Tiempo atrás, antes de haberte enviado la carta. Mucho antes de haberla escrito.

-¿Cómo lo has hecho?

Negó con su cabeza sin prestarle su vista.

-No lo sé –dijo-. Simplemente lo sé y Roger te lo puede decir. Él es un socio muy apegado a mí.

Chris frunció el ceño.

-¿Quién es?

-El que te ha traído aquí, ayer por la tarde.

Ah, el hombre larguirucho, ése era Roger. Quizá ahora Chris podría llamarle por su nombre. Solo necesitaba saber el nombre de...

-También la señora Elaine lo sabe.

La mucama, o alguna de ellas. Ese podía ser su nombre.

-¿Y por qué no se han marchado si saben que sufres de demencia?

-Por la simple avaricia que la humanidad se empeña en crear.

Camber habló con un tono bastante agrio. Apretujó su tasa con fuerza, como si al pensar en dicho pecado que los humanos cometían lo encolerizara. Camber parecía complicarse la vida él solo. Era dueño de todo y podía destituirlos, entonces ¿por qué no lo hacía? Se preguntaba Chris.

Se bebió todo el chocolate y antes de que pudiera decir algo, Camber le deseó buenas noches. Se marchó sin más, sujetándose las manos, como habitualmente lo hacía.

Chris le vio marcharse, permaneciendo pensativo, eludiendo por

escasos momentos lo que había visto en la tarde. Al mirar el fuego y acercar la silla hasta él, empezó a sentir la forma en la que era transmitida la temperatura de las llamas. Era grato. Pronto su nariz quedó dominada por el calor, del mismo modo sus piernas, brazos, pecho y cabeza. Los vellos se le erizaban y quedó tan cómodo, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, disfrutando del calor, que se adormeció ahí mismo hasta que el alba estaba a punto de presentarse.

En esa segunda etapa del sueño no soñó nada. Al despertarse con lentitud, su cuello le dolió y los tendones crujieron. Prorrumpió en un quejido y una mueca. Tenía todavía la tasa internada y cubierta con sus manos a un costado de su cadera, clavada en el sillón.

Se estiró, movió las cenizas que quedaban de la madera con el atizador, encorvando su espalda, se encaminó hasta la ventana que daba al enorme jardín trasero que se internaba en el bosque, y miró como el cielo empezaba a cambiar de tonalidad. Claro que el sol saldría del lado opuesto a esa ala de la casa.

Estaba tan pegado a la ventana que prorrumpió en un estremecimiento causado por el frío. Se abrazó los brazos y resopló en la ventana. El vapor empañó el cristal, profundizándolo a una baja temperatura, casi congelándolo, pero de ello él no se percató.

6

Al despertar le dolía el cuello. Lo tenía entumecido y cuando trataba de estirarlo para tronar los tendones, el dolor se intensificaba. La espalda crujió al estirarse y el hombro marcó un dolor agudo.

Entró en la habitación que Camber le había otorgado y pronto detectó un hedor fétido a animal muerto. Arrugó su nariz pero pronto contuvo la respiración. ¿Cómo un animal había entrado a su habitación? No tenía idea de ello pero tampoco lo creía imposible. Sabía que era una casa vieja y creía que sus alrededores ocultaban a muchos roedores. Así que esa podía ser una posibilidad. No dedicó su tiempo a buscarlo; en vez de ello se lo informó a la señora Elaine y fue abajo, a la biblioteca que Camber tenía. Pasó la parte de la mañana leyendo, sin desayunar. Para cuando había terminado, el dolor en su cabeza se unía a lo que restaba en sus tendones. Fue a comer algo ligero que le preparó una de las mucamas, fue en busca de Camber pero nuevamente no hizo acto de presencia. De la misma forma, era la señora Elaine la que se encargó de informarle que el señor Camber había salido.

Esto dejó pensativo a Chris. ¿Qué no sufría de demencia? Y si era así, ¿cómo era posible que nadie estuviera a su cuidado? De fondo, hacia el atardecer, empezó a cuestionarse muchas cosas mientras caminaba entre el césped que seguidamente pasaba a ser hierba alta.

A su regreso, el sol ya caía y Camber cenaba tranquilamente entre el silencio.

-Aún es tiempo –dijo Camber haciendo un ademán con su mano-, ven, siéntate. Come algo.

Chris no contuvo las ganas. Lo hizo. Comió, sin embargo lo hizo intranquilo. Entre el silencio, hacia el final, Chris miró a su amigo fijamente a los ojos sin hablarle. Camber lo detectó segundos después.

-¿Qué? –Le preguntó a Chris.

Con el ceño fruncido y la incógnita en su cara, le respondió con otra pregunta:

-¿Por qué nadie te cuida?

Camber bebía vino. Dejó la copa sostenida en el aire, luego la bajó diciendo a su vez:

-La señora Elaine es como mi madre, ¿por qué dices eso? Además...

-Me refiero a un especialista. ¿Por qué si sufres de demencia, un médico no te cuida o atiende?

-Los médicos no pueden perder su tiempo cuidando a los pacientes, Chris.

-¿Has visto a uno, Camber?

La tonalidad de Chris era agobiante.

-Por supuesto que sí, sino cómo lo habría sabido.

-¿Y qué te ha dicho?

-Me ha dicho lo que me ha dicho. Lo que tengo y cómo puedo tratarlo.

-¿Y lo estás tratando? ¿Qué le has dicho tú al médico?

-Que no me interesaba. –Hubo un momento de silencio en el cual Camber lo aprovechó para jugar con su copa-. No necesito que él me atienda. Que nadie me atienda. Todo se ha acabado para mí. ¿Pero sabes? –Otra pausa-. Ya tenía que llegar la hora tarde o temprano. No me da miedo morir. A lo que le temo es a sufrir y yo no quiero hacerlo. Por eso, no me interesa.

-¡Pero si vas a sufrir, Camber! Tu demencia va a...

Camber sonreía, le sonreía a Chris, como si se burlara de él.

Chris pensó en preguntarle lo que le sucedía pero desistió ante dicha idea.

Sin decir más, se irguió y fue a su habitación. Hasta que no estuvo dentro fue cuando se percató de que el olor se había manifestado. En su lugar había una fragancia agradable y limpia. Chris, enfurecido, empezó a empacar sus cosas de mala gana. Antes de cerrar la maleta se detuvo. El sol había sobrepasado la línea del horizonte pero sus rayos aún iluminaban una pequeña fracción del oeste. Se sentó en la cama y analizó la situación, pensando más en lo que sucedería si abandonaba a su compañero. No obstante, no dejó de pensar en la arrogancia que había detectado por parte de Camber.

Entonces se levantó por fin, tratando de olvidar los remordimientos presentes y futuros. Salió y no le vino en extrañeza que todo estuviese tan silencioso, más de lo habitual.

Dejó su maleta frente a la puerta, miró en rededor y antes de alzar la voz escuchó qué quedaba en el ambiente. Nada. ¿Cómo era posible?

Entonces gritó:

-¡Camber!

Nada. El eco resonó con fuerza.

-¡Camber, ¿dónde estás?!

De vuelta nadie le respondió. Fue recorriendo los pasillos y habitaciones en vano. Inclusive no percibía ningún sonido natural del exterior. En su lugar quedaba una vibración penetrante en sus oídos. Algo helado.

-¿Camber?

Ya no gritaba, sino temblaba. Tiritaba de miedo y de frío.

-¿Dónde estás, Camber?

¿Dónde estaba? Era una muy buena pregunta.

Fue hasta la biblioteca y la puerta estaba cerrada. A girar el pomo y empujarla, chilló de la misma forma que la vieja madera lo haría.

En el interior, Chris podía ver su denso aliento frente así con cada resoplido. Prácticamente aspiraba y expulsaba el aire por la boca más que por la nariz.

No había libros, asientos, nada. La ventana que daba hacia el jardín trasero, hacia el oeste y el bosque, estaba congelada. Miró en rededor con nerviosismo que se profundizó hasta convertirse en horror.

Uno de los sillones donde había estado leyendo, similares a los que se encontraban frente a la chimenea (sin poder darse cuenta de que eran los mismos), estaba girado hacia la pared frontalmente a la puerta. La espalda del respaldo daba el frente a Chris.

Los pies parecían estar petrificados fuera de su uso y sus piernas en el control de su cuerpo sin que él tuviera conciencia.

-¿Camber?

¿Por qué avanzaba? No lo sabía. No quería. ¿Qué sucedía? No estaban en invierno y no creía que con una simple ventisca una ventana se congelara.

Cuando tocó el respaldo del sillón desde la parte trasera, se sostuvo de él para avanzar, estirando el cuello para poder mirar en el asiento. Sintió una grata sensación al no ver nada sentado ahí. Esperaba ver a Camber con algún arma en mano y la sangre en distintas zonas de su cuerpo, temiendo que hubiese hecho alguna locura debido a su demencia.

Exhaló, su rostro se apaciguó y empezó a retroceder sin darse la vuelta pero pegó un brinquito cuando una mano helada le tocó el hombro, recobrando el dolor que ya había amainado.

Pegó un chillido, se estremeció con fuerza para desprenderse fuera lo que fuese que le sostenía el hombro y dio pasos hacia delante. En la habitación no había nadie. Chris lo descubrió cuando se dio la vuelta, pegándose hasta la esquina. Lo único que había era ese denso aire que revoloteaba en el cuarto. Ahora que lo admiraba con detenimiento, eran líneas de vapor las que revoloteaban en mitad de la habitación. Chris abrió sus ojos como grandes platos, pegó su cuerpo a la pared, su corazón empezó a latir a mil revoluciones y esta vez no pudo gritar. Simplemente sintió que la piel se le erizaba y poco a poco se inmovilizaba. No iba a permitirlo.

Cerró sus ojos y debido al miedo que sentía, recorrió la habitación pegado a la pared con rapidez, abrió la puerta y al salir, quedó aturdido

por el grito de una silueta desvanecida. A penas algo similar a un aura.

La silueta había tomado un poco las facciones del rostro de Camber y unas manos que no eran tangibles. ¿Sería un fantasma? Bueno, ahora era hora para creer en ellos.

Sin embargo, Chris sabía que eran algo más. No eran fantasmas, de eso estaba seguro. Entonces, ¿qué eran? Se preguntó eso mientras se daba la vuelta y corría hacia el exterior, escuchando el grito con la voz distorsionada de Camber a sus espaldas.

Tomó la maleta y al ver la puerta por escasos segundos, pensó que estaría trabada. No fue así.

La puerta se abrió con facilidad y Chris salió al aire frío de la noche.

Al darse la vuelta, su mente le jugaba una mala pasada. La casa estaba en buen estado pero varias siluetas se asomaban por todas las ventanas frontales, observando fijamente a Chris. Y todas tocaban la ventana que poco a poco éstas se congelaban.

La puerta se abrió con lentitud, rechinando y la misma aura salió a despedirse de Camber. No agitaba su densa mano, solo estaba ahí, mirándole, aunque Chris no estaba seguro si de verdad le miraba. Era como ver el vapor que sale de la regadera en la ducha.

No pudo evitar sentir otro estremecimiento, erizamiento de piel y las ganas de echarse a correr.

Se dio la vuelta, con la maleta en mano, y echó a andar por el sendero de tierra, jadeando y sin mirar atrás. Ente el viento que soplaba y los cantos de los grillos, Chris escuchó como una puerta se cerraba con fuerza y el rompimiento de cristales se apreciaba auditivamente. No iba a darse la vuelta. No iba a mirar.

Salió pitando de ahí entre la oscuridad sin tener la mayor importancia sobre la estabilidad de Camber. Al diablo con Camber. No quería creer que él fuera el que sufría una locura.

Camber... él estaba muerto. Debía apostararlo, como todos los de esa casa. Mientras corría, a un estilo tan similar como el de Forrest Gump, se cuestionaba cómo era posible la materialización. No entendía nada. Inclusive dudaba de lo que había visto por el simple hecho de pensar en Camber. Él estaba vivo antes de que viviera en Irlanda, él estaba vivo cuando le envió esa carta (creía Chris) y estaba tan vivo cuando había llegado hasta su morada porque lo había palpado. Lo había saludado y su carne se sentía tan cálida y palpable como cualquier otra cosa en la realidad. ¿Eso significaba que Camber no era real? ¿Lo era?

Mientras corría, con el maletín golpeándole constantemente en las piernas, giró el cuello y parte de la espalda para mirar atrás. El camino hacia la propiedad de Camber estaba oscuro pero Chris aún podía atisbar parte de la estructura desolada, oscura y tenebrosa. Con solo pensar en lo que había vivido los vellos se le erizaban.

De pronto se sintió cansado, pero no paró. Y no lo haría. Pararía hasta que los músculos le dolieran, hasta que estuviera fuera de ese país, hasta que sintiera que realmente estaba vivo y era una persona normal como todas las demás.

Chris corrió aún cuando llegó a la carretera. Tenía mentalizado no

parar hasta haber superado lo vivido. Entonces su mente recayó en que jamás lo haría, del mismo modo que no comprendería cómo era posible que Camber fuera real en un instante e irreal al otro.

Qué paradoja de la vida.